

El día 13 de julio, día señalado para el sorteo de los quintos, comenzaron á formarse grupos de mal aspecto en los barrios bajos de la ciudad, y poco despues se les vió avanzar hácia el centro en direccion á Third Avenue (Tercera Avenida), en cuyo punto se hallaba el preboste en la casa núm. 46, procediendo al sorteo con los empleados necesarios delante de unas trescientas personas. Se habrian sacado ya unos cien nombres de la urna, y reinaba la mayor tranquilidad, cuando se oyó en la calle un pistoletazo y poco despues caian hechos pedazos los cristales de las ventanas, en tanto que una numerosa turba penetraba en la casa, de donde echó á los que componian el tribunal y á los demás empleados despues de rasgar todos los papeles que encontró. En pocos minutos, uno de los amotinados humedeció con trementina y aguarrás el suelo y las paredes, y bien pronto se vió el edificio rodeado de llamas; los agentes de la autoridad que trataron de oponerse, fueron apedreados por la multitud, que maltrató igualmente á Mr. Juan Kennedy, superintendente de policía, á quien reconocieron los trastornadores inmediatamente porque iba de gran uniforme. Una escasa fuerza del cuerpo de inválidos, que llegó á poco con intencion de contener el tumulto, hubo de retirarse precipitadamente, dominada por la furiosa multitud, compuesta ya de algunos miles de hombres, y lo mismo le sucedió á un fuerte destacamento de policía que trató de dispersar las turbas. Los bomberos, que tardaron algun tiempo en presentarse, y á quienes aplaudió la multitud, no hicieron esfuerzo alguno para salvar la casa donde se habia declarado el fuego, pero luego lo cortaron, si bien cuando ya se habia comunicado á otros edificios y cuando las turbas se alejaban para ir á cometer nuevos excesos en otros puntos.

La milicia de la ciudad se hallaba por lo general ausente ó retirada en el interior de Pennsylvania, y como el Gobierno no tenia á su inmediata disposicion sino una escasa fuerza, ni era suficiente la policía, aunque perfectamente organizada, para contener una insurreccion en que habian tomado parte ya lo menos diez mil hombres, los amotinados tuvieron tiempo para entregarse á toda clase de violencias. No cabe la menor duda de que el movimiento era premeditado, y difundida la noticia por toda la ciudad, no tardaron en echarse á la calle todos aquellos que temian la quinta, que detestaban la guerra ó que consideraban á los negros como la única causa de las miserias públicas, y sobre todo, de que se hubiese decretado el alistamiento forzoso. Los insurrectos consiguieron aumentar bien pronto su número presentándose ante las fábricas y grandes almacenes para exigir que suspendieran los trabajos, demanda á que por desgracia se accedió, bien fuese por temor ó por simpatía. Como es de presumir, todos los ladrones y gente perdida, escoria de la sociedad, que no suelen tener mas habitacion que las cárceles, se alegraron muchísimo de que se les presentara aquella oportunidad para ejercer su industria, tomando por pretesto el descontento popular, y todos aquellos bribones y borrachos, que eran los que se mostraban mas furiosos, se encargaron de dirigir los pasos de la multitud, que era ya muy numerosa, y que se aumentó aun mucho mas en los dos dias siguientes.

Los gritos de *¡Abajo las quintas! ¡Fuera Lincoln! ¡Mueran los negros!* resonaban por las calles á cada momento, en tanto que una nube de piedras rompía los cristales de los balcones y ventanas; los telégrafos y las vías férreas que habia dentro de la ciudad fueron destruidos sin contemplacion alguna

por aquellos malvados. Las primeras víctimas de la conmocion popular fueron los pobres negros, á quienes aborrecian de muerte los trabajadores irlandeses, que formaban una gran mayoría entre las turbas, y que les tenian declarada la guerra, porque, como mas trabajadores y mas activos, les hacian una competencia que les perjudicaba en extremo. Este antagonismo entre irlandeses y negros debia ser fatal á los últimos en una ocasion como aquella, y en efecto, todos cuantos cayeron en poder de los insurrectos fueron víctimas de su furor. Á uno de ellos que se habia defendido valerosamente, le colgaron de un farol, y despues le aplicaron fuego á los piés hasta que se abrasó completamente; un muchacho de unos diez años, que iba á sufrir la misma suerte, tuvo la fortuna de escaparse, y aquello se convirtió entonces en una verdadera caza de negros. Imposible parece que en pleno siglo XIX se cometieran las atrocidades y violencias de que entonces fué testigo la ciudad de Nueva-York.

El Asilo de Huérfanos, creado especialmente para los negros, que ocupaba un espacioso y magnífico edificio, cuyo valor no bajaria de doscientos mil duros con el mueblaje, sufrió la misma suerte de otros muchos; este asilo, que servia tambien de escuela y estaba bajo el patronato de unas señoras filantrópicas, fué rodeado por las turbas, que despues de poner en dispersion á los agentes de policía, que en vano trataban de contener á los amotinados, pegaron fuego al edificio, no sin haberse apoderado antes de una porcion de alfombras y camas de acero, que desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

Las oficinas destinadas para el alistamiento en el distrito octavo, se hallaban en la esquina de la calle de Broadway, junto á

unos almacenes llenos de toda clase de géneros, y hácia aquel punto se dirigieron los amotinados, que pegaron fuego al edificio, como lo habian hecho ya en otras partes.

El movimiento popular, que habia comenzado el 13 de julio, continuó por espacio de tres dias estendiéndose hasta Brooklyn, donde los insurrectos destruyeron una magnífica máquina, cuyo valor no bajaba de cien mil duros, despues de haber pegado fuego á varios edificios. Sin embargo, ya por entonces habia acudido alguna tropa y un cuerpo de la milicia, de modo que, aunque hubo mas lucha que en el primer dia, no fué tanta la devastacion, y los amotinados, que sufrieron considerables pérdidas, comenzaron á retirarse hácia los barrios donde naturalmente podian oponer mas resistencia. Á pesar de esto, como los trenes no circulaban, ni se encontraban trabajadores para cargar los buques del puerto, el comercio estuvo paralizado durante algunos dias (\*).

El gobernador Seymour, que habia marchado algunos dias antes á Nueva-Jersey,

(\*) *El Tribuno*, del 15 de julio, decia lo siguiente al dar cuenta del motin:

«Seria absurdo atribuir esta insurreccion á otra cosa sino á la influencia de los separatistas: si, como algunos aseguran, proviene solo la queja de que se hacen pagar trescientos duros por un sustituto, ¿por qué se maltrata y asesina á los negros? ¿Son ellos acaso los que han decretado esta orden? ¿No son por el contrario tan pobres que les seria imposible pagar los trescientos duros? ¿Qué delito han cometido para ser víctimas de esos actos de barbarie sin ejemplo en nuestra historia? ¿De qué puede acusárseles sino de que son enemigos de la esclavitud? Desengañémonos, examinemos los hechos y fácil nos será reconocer que todo esto ha sido un movimiento en favor de Jefferson Davis y de Lee; escuchad los gritos de la multitud y las arengas de sus oradores favoritos, y oiréis, repetidas á cada momento, las palabras *negros, abolicion, republicanos*. Si en vez de los amigos del Sur hubieran sido los abolicionistas los amotinados, habríamos visto á la mayor parte de esas turbas declararse en contra de ellos, y es una prueba evidente que el reciente triunfo de nuestras armas es el que ha escitado sobre todo á nuestros enemigos á promover este conflicto y la resistencia á las leyes que todos debemos respetar.



volvió á la capital el martes por la tarde, y habiéndose dirigido á la Casa de la Ciudad seguido de su escolta, salió al balcon y dirigió las siguientes palabras á la multitud:

«Amigos míos: he venido aquí espresamente para saber lo que pasa y para que me digais cuáles son vuestras quejas, aun cuando supongo que se trata de la quinta. Permittedme aseguraros que soy amigo vuestro, (Aclamaciones) y como tal, creo que me profesais alguna amistad. (Sí, sí.) Yo os aseguro, amigos míos, que estoy aquí para daros una prueba de mi simpatía, (Aclamaciones) y ahora debo anunciaros que mi ayudante general ha marchado á Washington para conferenciar con las autoridades á fin de que se suspenda la quinta. (Ruidosas aclamaciones.) Entre tanto, hacedme el favor de aguardar su vuelta, y yo os prometo que haré cuanto sea posible para que no se perjudique á ninguno. Respetad las propiedades y las personas, procurando mantener el orden, y no tendreis motivo de queja; yo creo que hareis esto por mí. Deseo que os retireis como buenos ciudadanos, pues no ignorais que cuando os parezca necesario podeis reunirnos otra vez; dejadlo todo á mi cuidado y yo procuraré que se respeten vuestros derechos, pero, al menos, esperad á que vuelva mi ayudante, y no molesteis á nadie ni cometais exceso alguno. Es todo cuanto os pido y espero de vosotros.»

El gobernador Seymour no debia haber ofrecido, en nuestro concepto, que se suspenderia la quinta, ni anduvo tampoco muy cuerdo al dirigir á la multitud un discurso, en el cual, si no reconocia el derecho de insurreccionarse, de quemar edificios y cazar negros, daba á entender que todo esto podria hacerse en el caso de no suspenderse el alistamiento forzoso. Seguramente los amotinados lo comprendieron así, y por lo tanto era

de temer que se repitiesen desagradables escenas al proceder de nuevo á las operaciones de la quinta.

Los insurrectos, que antes de retirarse del centro de la ciudad habian saqueado completamente el edificio, donde tenia su redaccion é imprenta el diario abolicionista, el *New-York Tribune*, siguieron cometiendo algunos abusos durante el dia 15, pero estos se limitaron á varios robos aislados, si bien la multitud asesinó á dos ó tres negros, persiguiendo á otros muchos que tuvieron la suerte de escapar con vida. Por la tarde los insurrectos hicieron frente á un destacamento de tropas al mando del capitán Putnam, el cual atacó resueltamente á las turbas con objeto de sofocar de una vez la insurreccion. En el combate que se siguió, tuvieron los amotinados trece muertos y diez y ocho heridos, quedando prisioneros veinticuatro de los suyos, mientras el capitán Putnam solo perdió dos ó tres hombres. El valor de lo destruido durante aquellos dias no bajaba de dos millones de duros.

Lo que mas efecto hizo en aquella horda de bandidos, fué la indignacion que se apoderó de la parte sensata del vecindario: todo el cuerpo de policia, tan respetable y vigoroso en la ciudad de Nueva-York, y que se habia visto maltratado los dias anteriores, quiso tomar la revancha, y secundado por un numeroso cuerpo de voluntarios, contuvo á las masas por algun tiempo, lo cual dió lugar á que llegasen varios regimientos de milicia procedentes de Pennsylvania y algunas tropas veteranas del ejército del Potomac, cuya artilleria barrió bien pronto las calles, acabándose de pacificar por este medio la ciudad, despues de ocho dias de sangrientos desórdenes, que apenas se creeria pudieran ocurrir en un pais civilizado y en un siglo que llaman de las luces.

Tambien ocurrieron desórdenes semejantes en Boston, en Jersey, en Jamaica y algunos otros puntos, pero todos ellos estaban relacionados con la insurreccion de Nueva-York, siendo la ley de quintas el pretexto que se tomó para cometer toda clase de desórdenes y resistirse á la ley.

El gobernador Seymour dirigió una solicitud al Presidente en 3 de agosto, en la que, despues de pedirle que se suspendiera la quinta por ser excesiva la cuota señalada para los distritos urbanos de su estado, se espresaba en estos términos:

«La mitad, cuando menos, de los Estados leales opina que la ley de quintas es una violacion de los principios constitucionales, y se teme en general que esta medida ha de producir graves perjuicios. No es mi ánimo combatir esa ley ni tampoco la política del Gobierno, pero, en mi concepto, convendria consultar detenidamente la opinion pública.»

Debe advertirse que el gobernador dirigió esta solicitud á Mr. Lincoln á escitacion de los demócratas que, al combatir la ley de quintas, sostenian que era preciso mantener á toda costa los derechos y soberania del Estado, á fin de evitar que se sujetara á los ciudadanos á una quinta injusta.

El Presidente contestó al gobernador Seymour, en 7 de agosto, y despues de manifestarle que estaba dispuesto á suspender la quinta, pero solo hasta que se viera si la cuota señalada era demasiado excesiva, deciale lo siguiente:

«Yo me someteré gustoso á la decision del Supremo Tribunal cuando resuelva acerca de la constitucionalidad de la ley de quintas, pero entre tanto no puedo perder tiempo, pues estamos luchando con un enemigo que aprovecha todas las oportunidades que se le presentan para aumentar sus filas, y de este modo podrá contar muy pronto con un ejér-

cito al que seria difícil hacer frente. Yo me propongo obrar dentro del círculo de la justicia y de los principios constitucionales, y en el desempeño de las funciones de mi importante cargo, procuraré que se conserve la unidad y se respeten las leyes del pais.»

El dia 1.º de setiembre, dia fijado para la eleccion de gobernadores en varios Estados, comenzaron á organizarse los Comités, y se procedió desde luego á la votacion. En Vermont, donde hasta entonces habian contado con una inmensa mayoría los republicanos, empezaban á ganar terreno los demócratas, mas no les fué posible conseguir la victoria, así como tampoco en California, que se declaraba en favor de la Union, ni en ninguno de los demás Estados. Llegado el mes de octubre, se procedió á segundas elecciones, que fueron mucho mas decisivas: en Pennsylvania, el gobernador Andrés Curtin, ardiente partidario de la guerra, fué propuesto por los republicanos á fin de que se le reeligiere, mientras los demócratas dieron todos sus votos á Mr. Woodward, que por el contrario opinaba por la separacion. Los debates que se promovieron con aquel motivo fueron animadísimos y decisivo el resultado, pues el gobernador Curtin quedó reelegido por una mayoría de mas de quince mil votos, restableciéndose así el ascendiente de los republicanos y del Gobierno. Para completar el triunfo, los presidentes de tres tribunales del Norte de Nueva-York reconocieron pocos dias despues, al fallar varias causas, la constitucionalidad de la ley de quintas.

El Estado de Ohio, por razon del destierro de Mr. Vallandigham, fué el palenque de una lucha mas obstinada, pues los Comités democráticos parecian dispuestos á disputar el terreno palmó á palmo. No obstante, á pesar de sus esfuerzos, y aun cuando el año



anterior llegaron á contar con una mayoría de cinco mil votos al procederse á la eleccion de gobernador, quedaron esta vez derrotados por una de *cien mil* en favor de Brouch, candidato republicano cuyo rival era Mr. Vollandigham.

En los Estados Occidentales, sobre todo en Indiana é Illinois, habian cambiado mucho las cosas, pues las legislaturas democráticas, elegidas en 1862, contaban ya con muy pocos representantes, y la de Iowa era casi del todo republicana, siendo de advertir que el gobernador habia obtenido su cargo por una mayoría de treinta mil votos. En Wisconsin, Minnesota y Michigan alcanzaron tambien la victoria los republicanos por una gran superioridad numérica en la votacion.

En los Estados del Atlántico, y muy especialmente en Nueva-York, teatro del sangriento motin de que ya hemos dado cuenta, el voto popular se declaró en favor de la Union de una manera incontestable. El gobernador Seymour, que en 1862 obtuvo una mayoría de diez mil votos, quedó vencido por Mr. Depew, que alcanzó una de treinta

mil, y lo mismo sucedió poco mas ó menos al procederse á la eleccion de representantes para la legislatura. Massachusetts y Maryland acababan de completar el triunfo al elegir solo unionistas en cinco de sus distritos, y de este modo se vió vigorosamente apoyado el Gobierno despues de resolver la cuestion de la esclavitud, decretando la emancipacion. En algunos Estados esclavos, tales como en Kentucky y Missouri, la opinion pública parecia inclinarse tambien en favor de la última medida adoptada por el Gobierno, y por punto general creíase que la esclavitud debia extinguirse al fin á pesar de cuantos esfuerzos se hicieran en contrario, porque de este modo era mas fácil conservar la integridad y derechos de la gran República.

Hecha esta ligera reseña, que bastará para dar una idea al lector de los sucesos políticos de 1863, y en la cual no podriamos estendernos mas por no permitirlo los límites de nuestra obra, continuaremos en el siguiente capítulo la narracion de los acontecimientos de la guerra.

## CAPÍTULO XX.

1864.

### LA GUERRA EN LA COSTA DEL ATLÁNTICO.—CAMPAÑA DEL MISSISSIPÍ.

Gillmore y Seymour en la Florida.—Finnegan derrota á Seymour en Olustee.—Destrucion de las obras de defensa de los confederados.—Banks en Nueva-Orleans.—La escuadra de Porter en el Mississippi.—Toma del fuerte De Russy.—El ejército y la flota avanzan hácia Alejandria.—Banks se aproxima á Shreveport.—Derrota de las avanzadas federales en Sabine Cross-Roads.—El general Emory cierra el paso á los separatistas en Pleasant Grove.—Combate obstinado en Pleasant Hill.—Banks se retira á Grand Ecore.—Porter atraviesa el rio.—El general Banks obliga á Lee á retroceder.—Regreso del ejército y la escuadra á Alejandria.—El teniente coronel Bailey.—Los federales pierden tres buques en Dunn's Bayou.—La costa de Texas queda abandonada.—Banks se retira á Simmsport.—Combate en Mansura.—Operaciones en Rio Colorado.—Combate en Prairie d' Anne.—El general Steele entra en Camden.—Desastre en Mark's Mills.—Steele es atacado por Kirby Smith en Jenkin's Ferry.—Los federales se retiran á Little-Rock.—El general Carr derrota á Shelby en San Carlos.—El combate de Big Creek.—La Convencion de Arkansas.—Rosecrans se encarga del mando en Missouri.—Arresto de los jefes de los Hijos de la Libertad.—Última invasion de Price.—Retirada á Rolla.—Price amenaza atacar á San Luis y se presenta delante de Jefferson-Citty.—El general Mower avanza hácia el mismo punto.—Los separatistas se apoderan de Glasgow.—Price en Lexington.—Derrotas de Blunt y de Curtis.—Pleasanton derrota á los confederados en Little Osage.—Blunt en Newtonia.—Los federales se retiran á Fayetteville Ark.

Las operaciones contra Charleston se proseguian muy lentamente desde la toma de la isla de Morris, y como el almirante Dahlgren no queria atacar la ciudad con su escuadrilla, el general Gillmore resolvió organizar con una parte de sus fuerzas una expedicion á la Florida. Consultado el Presidente, aprobó el proyecto, y en 13 de enero **1864.** envió á Juan Hay, uno de sus secretarios privados, á Hilton Head á fin de que acompañara á los expedicionarios, pues tenia fundados motivos para creer que seria ya fácil atraer á la Florida al partido de la Union.

Las fuerzas de Gillmore, á las inmediatas órdenes del general Seymour, se embarcaron en 6 de febrero en veinte buques, remolcados por seis goletas; á las doce del dia

siguiente pasaron por la embocadura del San Juan, y á las cinco de la tarde ocupaban á Jacksonville sin resistencia, atendido que los pocos separatistas que habia en dicho punto huyeron precipitadamente despues de convertirlo todo en un monton de ruinas.

Á las tres de la tarde del dia siguiente, los federales, cuya vanguardia iba á las órdenes del coronel Henry, continuaron avanzando con objeto de sorprender al general separatista Finnegan, que se hallaba á ocho millas de distancia, pero este jefe se habia retirado, y los unionistas solo pudieron coger cuatro cañones y algunos prisioneros. Henry siguió adelante, y llegó á Baldwin á las siete de la mañana, en cuyo punto se apoderó de un cañon y de tres wagones lle-